

## **Palabras del Excmo. Sr. D. José Luis Pinillos Díaz**

Académico de Número  
de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

### **DESPUÉS DE LA GUERRA**

El libro del profesor Carpintero *Una voz de la 3ª España, Julián Marías*, 1939, del que por razones obvias han tenido que hacer una exposición sucinta, contiene una información decisiva para conocer, día a día, el final de la guerra civil, tal como se vivió dramáticamente en el Consejo Nacional de Defensa. Un Consejo que a instancia del Coronel de Estado Mayor Segismundo Casado, y con el asentimiento de todas las fuerzas políticas de la República, excepto el de Negrín y el Partido Comunista, se constituyó en Madrid el 7 de Marzo de 1936. Hubo antes un enfrentamiento armado entre ambas tendencias que terminó con la derrota del bando comunista. La finalidad de este Consejo, del que era Secretario el citado Coronel Casado, militar de Carrera, situado a la cabeza del Estado Mayor y del Ejército del Centro, era como saben gestionar la rendición de los restos del Ejército de la República antes de que se produjera el hundimiento que era a todas luces inminente. De este Consejo formaban parte don Julián Besteiro y su antiguo alumno Julián Marías, que hicieron todo lo humanamente posible por lograr una paz honrosa. Marías fue el autor de una serie de editoriales que no llevan firma, en los que se exponían una serie de razones muy fundadas, que a Franco no le interesaron porque estaban apoyadas en la nada, no contaban con ningún respaldo militar. El 28 de marzo de 1936 se produce el hundimiento del frente de Madrid, el 31 de marzo las tropas de Franco alcanzan sus últimos objetivos militares, y el 1 de abril la guerra termina con una rendición sin condiciones.

A Besteiro, le conmutan la pena de muerte por la de cadena perpétua, pero le encierran en el penal de Carmona, que viene a ser peor. Don Juan Zara-

güeta, un sacerdote formado en la Universidad Católica de Lovaina, es amigo suyo y va a visitarle al año siguiente. Besteiro está grave, es atendido al parecer sin éxito por un médico que impide que venga otro de fuera a ayudarle –las autoridades también se niegan–, y Zaragüeta pide que, dada la edad del preso, su comportamiento durante la guerra y su estado de salud, sea atendido debidamente y puesto en libertad. Las autoridades no se dan por enteradas, no permiten que se celebre una consulta de médicos y Don Julián Besteiro, abandonado por todos menos por algunos presos que cuidaban de él, arde de fiebre mientras desvaría en alemán, y muere poco después de una septicemia que había contraído en las tareas de limpieza.

A Marías se conforman con meterle en la cárcel y procesarle por desafecto al régimen. Sólo que durante el juicio tiene la suerte de que vaya a declarar como testigo Salvador Lisarrague, un filósofo social orteguiano entonces en buena posición política, que hace una excelente defensa del acusado, que unos meses después es puesto en libertad. Marías ya está en la calle, pero sólo ante el peligro, como un héroe del Oeste, acechado por gente que no le conoce, pero le odia.

El Coronel Casado logra embarcar rumbo a las Américas, pero su escolta, un policía, es detenido y fusilado inmediatamente. Su mujer, la del escolta, que está embarazada, es detenida y confinada en una cárcel de mujeres donde tiene una hija que ha de criar allí hasta que la ponen en libertad. Tata Luisa, que así la llamaban los niños, se viene a servir en nuestra casa; es más roja que un pimientito y un día que llama un Obispo preguntando por mí le manda sin más a donde ya se pueden ustedes imaginar. Cambiaron las cosas, y cuando Eisenhower viene a Madrid a entrevistarse con Franco, Tata Luisa va a verles y a aplaudirles. Su explicación es que lo “pasao pasao” y que ya se ha “cansao” de llorar en la vida. En mi casa a Tata Luisa se la recuerda siempre con cariño.

En fin, dicho esto, que he pensado que debería saberse, ha llegado el momento de contar algo de lo que hizo y no hizo don Julián Marías, después de la guerra, en la España de Franco.

Julián esta libre, pero con lo puesto. Casado con Lolita Franco, licenciada en filología románica por la misma legendaria Facultad que su marido, está sin un céntimo. El joven Marías es duro de pelar, y como tiene prohibido escribir en los periódicos y dar clases en la Universidad, enseña filosofía en Aula Nueva, una Academia privada que yo también frecuenté, y escribe libros, lo cual va a ser mucho peor. A finales de 1940 ha terminado una *Historia de la filosofía* a la que Xavier Zubiri le pone un prólogo firmado en Barcelona el 3 de diciembre de 1940, poco antes de abandonar la Universidad. La editorial Revista de Occidente se hace cargo del manuscrito y publica el libro en 1941. En contra de cuanto cabía imaginar, la *Historia de la filosofía* del joven Marías arrasa.

El libro tiene un éxito increíble. Julián ofrece al público español algo impensable en aquella situación. Sale a la palestra a cuerpo limpio, con un libro en el que cuenta en un lenguaje riguroso, pero que se entiende bien, lo que ha ocurrido en la filosofía desde Thales de Mileto hasta Heidegger y Ortega. Y todo ello sin falsear su exposición con ideologías políticas o interferencias religiosas fuera de lugar. El libro, como he dicho, arrasa. Se suceden las reimpressiones, se hacen ediciones “corregidas y aumentadas” y la que edita Alianza Editorial 60 años después, en el 2000, se reimprime en el 2001, en el 2002 y en el 2003, que es hasta donde alcanzan mis datos. Un día le pregunté a Julián cuántas ediciones y reimpressiones habría tenido en España su *Historia de la filosofía* y me dijo: “Muchas, pero no sé cuántas”. Yo tampoco, pero creo que de medio centenar no bajan. Ante todo esto, la mayoría de la gente se quitó el sombrero y dijo: ¡chapeau!

Al año siguiente, estamos otra vez en 1942, Marías presenta una tesis doctoral sobre el Padre Graty, dirigida por Xavier Zubiri, y ahí es donde le esperan. El Tribunal lo preside García Morente. Zubiri no se incorpora al Tribunal. Los tres miembros restantes votan en contra y, con evidente disgusto, García Morente no puede impedir el resultado. La tesis es rechazada injustamente, no sólo por su calidad, sino porque el mero hecho de haber sido admitida a examen implicaba al menos la calificación de “aprobado”, pero nada de eso valió. Obviamente, la hostilidad del régimen y de ciertos sectores de la Iglesia contra Marías, que a fin de cuentas era un pensador católico, había crecido con sus éxitos. El único profesor de la Universidad que dio la cara por él en la sección de filosofía “pura” de nuestra recién estrenada Facultad de Filosofía y Letras (la originaria había sido destruida durante la guerra) fue de nuevo el padre Zaragüeta, que protestó contra aquel atropello y fue rodeado y abucheado en un pasillo de la Facultad por un grupo de estudiantes del SEU (Sindicato de Estudios Universitarios).

Pero todo eso a Marías no parece preocuparle demasiado. Sus seguidores pinchan en hueso: Julián no cede, ni se desanima. Traduce libros, enseña filosofía por libre y prepara nuevos trabajos filosóficos. En 1943 aparece un libro suyo sobre *Miguel de Unamuno*, que irrita a quienes pretenden que la Iglesia condene las obras del gran escritor vasco. A mí me pareció un buen libro y publiqué en *Arbor* una reseña favorable, que no cayó bien en la Redacción de la revista. La irritación contra Marías subió de punto cuando la *Real Academia Española* concedió a su obra sobre Unamuno el premio Fastenrath. Y ya para acabarlo de arreglar, en 1946 Ortega regresa a España tras diez largos años de ausencia y cierra por fin, con un epílogo notable, la obra de su discípulo. Marías ha vivido día a día esos diez años, de los que su maestro no tiene experiencia directa, y es precisamente esa diferencia de perspectiva la que permite que ambos funden juntos un “Instituto de Humanidades”, que en los dos años que dura hace sonar las alarmas del sistema.

En 1949 muere inesperadamente el primer hijo de Julián y Lolita. Es un golpe muy fuerte, pero la vida sigue, y el impacto del nuevo Instituto de Humanidades en los medios intelectuales del régimen provoca una fuerte reacción de la que son protagonistas tres eclesiásticos, que esta vez buscan que la Santa Sede condene las obras de Ortega. Marías sale por derecho al paso de la maniobra con un libro titulado *Ortega y tres antípodas*, en el que sin concesiones ni rodeos, señala punto por punto los sesgos y manipulaciones a que han sido sometidas las citas y las ideas del maestro. La cuestión es que cuando el libro ya está impreso, es prohibido por orden de la superioridad y durante muchos años no podrá verse un ejemplar en los escaparates de las librerías españolas.

En 1951 hay un cambio de Gobierno. Pedro Laín es nombrado Rector de la Universidad de Madrid, y Sánchez Cantón, Decano de Filosofía y Letras. Sánchez Cantón preside un tribunal que aprueba con honores la tesis de Marías y repara así un episodio lamentable. Excepto que el libro de los "*antípodas*" sigue prohibido, y la revista "Escorial", que ha editado como libro la tesis de Marías, es obligada a retirar la edición y cambiarla por otra que no lleve el escudo de la revista, ni mencione la editorial. Ya es demasiado. La persecución de Marías trasciende las fronteras y Jorge Guillén propone que, durante su año sabático, Marías le sustituya en el prestigioso *Wellesley College* americano.

A partir de ese momento, cambia el panorama. Comienzan las largas permanencias de Marías en las universidades americanas; es nombrado profesor en el *Boston Institute* de Madrid, ingresa en la *Real Academia Española*, su Historia de la filosofía es ya un best-seller que se traduce a otros idiomas; sus colaboraciones son requeridas en la prensa española y extranjera, le llegan los reconocimientos de todas partes: del *Institut International de Philosophie* de París, de la *Hispanic Society of America*, de la *Internacional Society for the Study of Ideas*, etc. El Rey le nombra Senador Real, la UNED le hace titular de una cátedra que lleva su nombre, se publican biografías y libros colectivos sobre su obra, en español y en otras lenguas, y dada su facilidad para los idiomas Marías se convierte en una especie de conferenciante plurilingüe solicitado en Europa, en los países de habla inglesa y hasta en la India y el Japón. Pero en 1977, la pérdida de su mujer le rompe el corazón. Julián continuará trabajando con el mismo ahínco ("hay que hacer siempre más de lo que se puede", me dijo una vez), pero ya nunca será lo mismo.

En las buenas personas el paso de los años suele dulcificar los recuerdos amargos. Me viene a la memoria un encuentro internacional que a principios de los ochenta se celebró en el *Institut Universitaire d'études européennes de Genève*, que dirigía André Reszler. Y allí pude ver cómo en los debates Marías se sentía feliz, como pez en el agua, pasando del español al francés, del inglés al alemán o al italiano, sin la menor dificultad. Era una especie de Nadal manejando la raqueta de las lenguas, que contestaba al instante con la palabra justa en el idioma en

que le hacían las preguntas. Es uno de los recuerdos más gratos y felices, que conservo de Julián.

A los intelectuales de izquierda, el Caudillo acostumbraba a llamarles “los Marías”, lo cual en el fondo era una distinción, una especie de acto fallido, con que los anteponía a los demás.

En suma, el tiempo de mi intervención toca a su fin, pero no quisiera terminar sin referirme a la fundación del *Colegio Libre de Eméritos*, que en 1987 Julián Marías propone a José Ángel Sánchez Asiaín, entonces Presidente del Banco de Bilbao, si no para resolver sí al menos para paliar las consecuencias de la jubilación anticipada de muchos cientos de catedráticos, por el hecho de haberlo sido en la época de Franco. El Colegio continúa hoy siendo un ejemplo de lo que significa la aportación privada a la cultura.

En fin, son muchas las cosas que quedan por decir, de las que España debe a Julián Marías. En 1990, Julián entra en la *Real Academia de Bellas Artes de San Fernando* por sus trabajos sobre el cine. El año 1995 recibe el premio de Valladolid a la trayectoria literaria. Al año siguiente le conceden el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades y así siguen las cosas por algún tiempo.

Al cruzar la frontera del siglo XXI, Julián comienza a tener problemas de salud que van agravándose lentamente, hasta que el 16 de diciembre de 2004, fecha en que el Instituto de España rinde homenaje a su antigüedad académica, el acto ha de celebrarse en su domicilio. La lucidez no la ha perdido, es perfecta, pero su movilidad está ya muy limitada. Julián es muy consciente de que su vida se acaba, y contesta a la *laudatio* que tuve el honor de ofrecerle en nombre del Instituto de España y en el mío, con una página que suena claramente a despedida. No hay en ella un asomo de queja o de reproche, aunque Julián nunca ignoró que la superación de los opuestos no era un fruto que se diera fácilmente en nuestra tierra. El texto de Julián es una última y lúcida lección en la que trasparecen el temple de su ánimo, la calidad intelectual de su pensamiento y el sentido moral de toda su obra.

Querido Presidente del Instituto de España.

Queridos compañeros de las Reales Academias.

Señoras y señores:

Siento gratitud al oír palabras cuya perspicacia está empañada sólo por un exceso de generosidad, que agradezco muy de veras, de mi gran amigo José Luis Pinillos.

Lo único que puedo decir aquí es que mi vida ha estado regida siempre por un recuerdo de niñez: cuando yo tenía seis años y mi hermano nueve nos aislamos un día detrás de una puerta y nos comprometimos seriamente a no mentir nunca. No he faltado a sabiendas a aquella promesa. Esta actitud ha tenido con frecuencia consecuencias penosas, en ocasiones bastante graves; pero no hubiera podido hacer otra cosa. He sentido toda mi vida pasión por la verdad. Esto no me ha librado absolutamente del error, pero sí de toda falsificación, de cualquier tentación de suprimir o desvirtuar lo que me ha parecido verdad. A lo largo de muchos años, de muchas palabras pronunciadas, de innumerables páginas escritas, no he faltado nunca a aquella promesa infantil, que me ha forzado a una disciplina interior que me hubiera sido imposible violar o suspender.

Con esta clave se puede entender una vida ya larga, en la que no han faltado los errores, pero que se ha mantenido inexorablemente fiel a aquella viejísima promesa, anterior a todo lo que he dicho y escrito.

Desde este supuesto me he esforzado siempre por entender. La realidad es problemática, se presenta como una interrogante; hay que hacer un esfuerzo tenaz por iluminarla, aclararla, verter sobre ella una luz que procede del pensamiento. Es la condición de toda vida intelectual que merezca este nombre. Si se ve que esto es una exigencia inexorable, de ello se deriva una responsabilidad intelectual que es la medida de la autenticidad del pensamiento. Que está expuesto naturalmente al error, pero enderezado siempre por esa insobornable responsabilidad que es la veracidad. Esta situación es un ejemplo particularmente importante y grave de lo que llamo desde hace mucho tiempo las raíces morales de la inteligencia.

Nada más. Muchas gracias.

Madrid, 16 de diciembre de 2004

Me despedí de Julián con un fuerte abrazo, sabiendo que no volvería a verle más. Falleció el 15 de Enero de 2005.